

Carta IV: Cristina Inogés-Sanz à Comunidade de Santa Marta

A todos los amigos de la Comunidad de Santa Marta, Lisboa
Roma, 27-10-23

Mis queridos amigos de la Comunidad de Santa Marta:

Cuando escuchéis esta carta que os leerá Antonio, ya habrán acabado los trabajos de la Asamblea. Mañana, domingo, será la eucaristía de clausura y, el próximo sábado nos veremos en Santa Marta, la de Lisboa. La otra, la del Vaticano, esperará hasta el año próximo.

Ha sido muy bueno conocer otras realidades eclesiales que nos eran desconocidas; sabemos que los problemas que para unos son urgentes, para otros son relativos; que lo que para unos es intocable, para otros carece de importancia; para algunos la tradición nació ayer y, para otros, nació con el mundo; unos creen que no se puede tocar ni para quitarle el polvo y, otros piensan que se puede hacer más actual... En definitiva, he visto esa Iglesia que Francisco definió como un poliedro. Y, sí, tiene muchas caras que no rompen la unidad y que manifiestan una diversidad muy interesante y enriquecedora.

Nos han pedido que seamos discretos al hablar de la Asamblea, pero no porque haya secretos o cosas que no se deban saber. Es, sencillamente, para evitar que algunos utilicen eso para seguir atacando al Sínodo y a Francisco. No hay nada secreto. Entre los cristianos, nunca debería haber secretos.

Esta semana ha sido atípica. Hubo que modificar el calendario y ¡sorpresa! tuvimos un día entero de fiesta... Ya no recordaba qué era eso. Sentada en un sillón de la terraza de la residencia donde me alojo, empecé a pensar en esa Iglesia samaritana de la que nos habla Francisco.

Él hace referencia a la parábola del buen samaritano como modelo para la Iglesia que debe cuidar, curar, y proteger a los heridos de todo tipo. La Iglesia que se centra en las personas y que ve en ellas a Cristo pasando la misma situación que ellas atraviesan.

Pensando en esto, se me ocurrió que si hablamos de Iglesia samaritana, ¿por qué no unir la parábola del buen samaritano y el encuentro de Jesús con la samaritana?

Por un lado la Iglesia que cuida y cura a través de una persona que nada tiene que ver con la religión oficial; por otro, la Iglesia que anuncia, que evangeliza, a través

de una mujer que está en búsqueda y que, por el mero hecho de ser mujer va a ser cuestionada.

Me sentí bien pensando eso porque imaginaba una Iglesia de acciones concretas, complementarias, en beneficio de las personas. La samaritana, que rápidamente anima a sus vecinos a ir ellos directamente al encuentro de Jesús, no hace de su persona el centro de su predicación. Sabe motivar para que vayan en búsqueda de la Verdad.

Un Iglesia servidora, evangelizadora, desclericalizada... Pensé si me estaría sentando mal tanto descanso, pero no. Al día siguiente, Francisco apareció en la Congregación General en la que ya tratábamos el primer esquema del documento final de esta Asamblea. Solo había hablado comentando alguna intervención un par de veces. Esta vez intervino al principio con un discurso breve pero durísimo contra el clericalismo, el abuso de poder, y la Iglesia como sistema cerrado.

Dijo que Jesús no había elegido como modelo de vida ninguno de los sistemas políticos o religiosos de su tiempo porque eran cerrados y excluyentes. Él, dijo Francisco, eligió una comunidad abierta en la que cabían todos. Recordó que todos somos pueblo de Dios y que la jerarquía es parte de ese pueblo porque viene de ese pueblo. Y añadió con voz clara y firme que cuando los ministros maltratan al pueblo de Dios, desfiguran a la Iglesia con actitudes machistas y dictatoriales.

El silencio en el aula Pablo VI se podía cortar. Conforme lo escuchaba me sentía más orgullosa de este hombre que, desde su silla de ruedas y bastante solo, es capaz de mantener una coherencia evangélica que no necesita explicaciones.

Me despedí de Francisco el último día que vino al aula de los trabajos. Entraba y salía por una puerta lateral que está muy cerca de Santa Marta. Esperé junto a la puerta hasta que no quedaba nadie en el aula. Se paró y me dijo: "Puede que nos veamos antes de la próxima asamblea, pero no vamos a despedirnos con una apretón de manos. ¿Me da un abrazo?" Y nos dimos un abrazo mientras me decía: no se olvide de rezar por mí, pero para bien, porque algunos... Y nos reímos los dos. Tiene la habilidad de hacer reír. Es un hombre fantástico. Un hombre de Dios.

Ahora sí que me despedido de vosotros hasta pronto.

Un abrazo grande a todos,

Cristina

A todos os amigos da Comunidade de Santa Marta
Lisboa

Roma, 27-10-23

Meus queridos amigos da Comunidade de Santa Marta:

Quando escutardes esta carta – que o António vos lerá – já terão acabado os trabalhos da Assembleia. Amanhã, Domingo, será a eucaristia de encerramento e, no próximo Sábado, já nos veremos em Santa Marta – a de Lisboa. A outra, a do Vaticano, esperará até ao próximo ano.

Foi muito bom conhecer outras realidades eclesiais que nos eram desconhecidas: sabemos que os problemas que para uns são urgentes, para outros são relativos; que o que para uns é intocável, para outros é importante abordar; para alguns a tradição nasceu ontem e, para outros, nasceu com o mundo; uns crêem que não se lhe pode tocar, nem sequer para tirar o pó, e outros pensam que se pode tornar mais actual... Em conclusão, vi essa Igreja que Francisco definiu como um poliedro. E, sim, tem muitas faces que não quebram a unidade e que manifestam uma diversidade muito interessante e enriquecedora.

Pediram-nos para sermos discretos ao falar da Assembleia, mas não porque haja segredos ou coisas de que não se possa saber. É, simplesmente, para evitar que alguns utilizem [*questões ainda em processo*] para continuarem a atacar o Sínodo e Francisco. Não há nada secreto. Entre os cristãos, nunca deveria haver segredos.

Esta semana foi atípica: teve de alterar-se o calendário e – surpresa! – tivemos um dia inteiro de folga... Já nem me lembrava do que era isso. Sentei-me num sofá, no terraço da residência onde fico alojada, e comecei a pensar na Igreja samaritana de que nos fala Francisco.

Ele faz referência à parábola do bom samaritano como modelo para a Igreja que deve cuidar, curar e proteger feridos de todo o género. A Igreja que se centra nas pessoas e que vê nelas Cristo passando pela mesma situação que elas.

Pensando nisto, ocorreu-me que se falamos de Igreja samaritana, porque não unir a parábola do bom samaritano e o encontro de Jesus com a samaritana?

Por um lado, a Igreja que cuida e cura através de uma pessoa que nada tem a ver com a religião oficial, por outro, a Igreja que anuncia, que evangeliza através de uma mulher que está em busca e que, pelo simples facto de ser mulher, será posta em causa.

Senti-me bem pensando nisto, porque imaginava uma Igreja de acções concretas, complementares, em benefício das pessoas. A samaritana, que rapidamente anima os seus vizinhos a irem directamente ao encontro de Jesus, não faz de si o centro da sua pregação. Sabe motivar outros na busca da Verdade.

Uma Igreja servidora, evangelizadora, desclericalizada... pensei que, se calhar, me estaria a fazer mal tanto descanso, mas não. No dia seguinte, Francisco apareceu na Congregação Geral, na qual já estávamos a tratar do primeiro esquema do documento final desta Assembleia. Francisco só tinha falado para comentar alguma intervenção, um par de vezes. Desta vez interveio no princípio com um discurso breve mas duríssimo contra o clericalismo, o abuso de poder e a Igreja como sistema fechado.

Disse que Jesus não escolhera como modelo de vida nenhum dos sistemas políticos ou religiosos do seu tempo porque eram fechados e exclusivos. Ele – disse Francisco – escolheu uma comunidade aberta na qual cabiam todos. Recordou que todos somo povo de Deus e que a hierarquia é parte desse povo porque vem desse povo. E acrescentou com voz clara e firme que quando os ministros maltratam o povo de Deus, desfiguram a Igreja com atitudes machistas e ditatoriais.

Um silêncio na Aula Paulo VI de cortar à faca. Conforme escutava, sentia-me mais orgulhosa deste homem que, da sua cadeira de rodas e bastante só, é capaz manter uma coerência evangélica que não precisa de explicações.

Despedi-me de Francisco no último dia em que veio à Aula dos trabalhos. Entrava e saía por uma porta lateral que está muito perto de Santa Marta. Esperei junto à porta até não restar ninguém na Aula. Parou e disse-me: «Pode ser que nos vejamos antes da próxima Assembleia, mas não nos vamos despedir com um aperto de mão. Dá-me um abraço?». E demos um abraço, enquanto me dizia: «Não se esqueça de rezar por mim, mas para bem, porque alguns...». E rimo-nos os dois. Tem a habilidade de fazer rir. É um homem fantástico. Um homem de Deus.

Agora sim, despeço-me até breve.

Um grande abraço a todos,

Cristina